

EDUCACION PARA LA PARTICIPACION COMPETENTE

MILLARD HANSEN*

Igualdad y rivalidad por status y movilidad:

Los hombres son creados iguales, y sin embargo, son desiguales en status y en la competencia para el desempeño de su rol. Las personas competentes desempeñan sus roles familiares, ocupacionales y comunitarios con una razonable satisfacción tanto para ellos como para sus asociados. Las personas incompetentes no. La diferencia está relacionada con la justicia y con lo adecuado de la preparación y ubicación del joven en la sociedad estratificada. La preparación y ubicación están profundamente influenciadas por la identidad que, en un grado inmenso está formada por la familia, la escuela y la universidad. La participación competente en una moderna sociedad requiere justamente preparación efectiva y ubicación adecuada. El problema de la socialización moderna es el de rehacer la educación de manera tal que más personas puedan participar competentemente.

La educación en las modernas escuelas democráticas ha sido confundida por una dualidad de metas. La dualidad estriba en tratar de hacer a todos los hombres iguales al mismo tiempo que hace a cada uno diferente de acuerdo a su aprovechamiento. En los Estados Unidos, Lipsit (1963, p. 116) arguyó que la tensión básica de la cultura es el conflicto entre igualdad y rivalidad para conseguir la más alta posición. "Aun cuando se supone que todos tengan éxito, obviamente la riqueza de la nación nunca ha estado distribuida tan igualmente como los derechos políticos. La tendencia hacia un ideal de logro que

* Profesor de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico.

socava el hecho de la igualdad, y que nos produce una sociedad con un distinto carácter de clases, ha sido contrabalanceada por repetidas victorias de las fuerzas de la igualdad en el orden político." Sin embargo, es la escuela misma, plantea aquél, y no la mera acción política, la que contiene el mejor valor de la igualdad. La escuela provee "un antecedente educativo común" a las personas y refuerza su "penetrante antagonismo a la dominación de una élite en la cultura, la política o la vida económica". La escuela con esta dualidad fue invitada a darle a sus graduados una filosofía de igualdad y un gusto político para protegerse contra los ataques de una élite, pero al mismo tiempo, escribe Lipsit: "Para que las personas sean iguales, necesitan una oportunidad de llegar a serlo. Por consiguiente el éxito debería estar accesible a todos..." (p. 2). Cien años antes, Horace Mann alentó la escuela universal pública libre, ya que ésta igualaría las capacidades de los hombres y como consecuencia, sus recursos económicos y su status social. Para Lipsit y Mann, es necesario que la escuela sirva a esta dualidad de metas: igualdad y movilidad social.

Este problema de las metas aparece en nuestras entrevistas con estudiantes de *Escuela Superior*. Sus padres están en el más bajo nivel social en términos de residencia, aunque durante la investigación encontramos que algunos de ellos ya habían conseguido alguna movilidad social dentro del margen inferior de un más elevado nivel social. Esos estudiantes contestaban nuestras preguntas sobre el prestigio de distintas ocupaciones en una sociedad estratificada con afirmaciones de que todos los hombres son iguales o que son iguales salvo por el grado académico, o podían no contestarlas. Sólo dos de ellos contestaron que el prestigio difería, sin cualificaciones. Nuevas averiguaciones lleva a la declaración de que, claro está, el ingreso era desigual, aunque muchos inmediatamente añadieron que debería ser igual. Cuando indagamos nuevamente y preguntamos sobre la dignidad en diferentes ocupaciones, los estudiantes, con renuencia, dijeron que era necesario que hubiese diferencia. Uno dijo: "Los carpinteros sé que están resignados a su suerte, no se sienten orgullosos." En verdad, había disconformidad, posiblemente resentimiento, en las respuestas y buscaban las maneras de afirmar la igualdad. Todos son iguales en el honor de sus trabajos, decían, ya que todos desempeñan tareas que su sociedad requiere. Probablemente oímos versiones de doctrinas clásicas sobre la igualdad humana a pesar de características y circunstancias desiguales.

La inmediata actitud de los estudiantes en esta línea de preguntas era el aceptar la jerarquía y considerar a ésta como resultado del grado y calidad de la educación de uno. Muchos de esos estudiantes se

matricularon (o habían sido matriculados) en un Programa Especial para estudiantes talentosos y diligentes que estaban siendo preparados para su entrada en la universidad. En esta disposición, un estudiante dijo: "los graduados de Escuela Superior llegan a ser dependientes de comercio mientras que los graduados de universidad encuentran buenos trabajos en cualquier oficina que les dé la gana." Nosotros invitamos a algunos de ellos a unirse a nuestro seminario, y hablamos sobre elección de carrera y movilidad social. La disconformidad y la tensión fueron creciendo conforme hablábamos de ese problema. Sin embargo, las preguntas de las entrevistas sobre desigual autoridad no levantaron resentimiento ni malentendidos. No sé si en este punto ellos se sentían más cómodos hablando sobre igualdad y movilidad o si la desigual autoridad les incomodaba menos que la desigualdad en ingreso y prestigio.

Miraban a la autoridad como legítima y descansando sobre superior experiencia, capacidad y educación. Unos pocos hablaban como si hubiesen leído a Hobbes (si de verdad lo habían hecho, pero no mencionaron a Hobbes en esas respuestas): decían que sin algún tipo de autoridad, la fuerza sola se impondría sobre todos nosotros. Los dos estudiantes que se sintieron más confundidos e incómodos sobre esas preguntas fueron los de más fuerte ego y las más altas capacidades intelectuales de su grupo. Posiblemente la juventud más capaz de los niveles sociales más bajos encuentra la desigualdad y la movilidad social más perturbadoras que lo que otros puedan pensar.

Esta dualidad del propósito educativo, igualdad y logro competitivo de la movilidad social necesita más clarificación. En uno de sus estudios sobre la Escuela Superior Americana, James Bryant Conant (1963, p. 131) solicita ayuda de los filósofos: "Filósofos bien preparados que dirijan su atención hacia la Educación en América tienen una oportunidad de hacer una contribución real al repasar los fundamentos filosóficos de la educación, los cuales hoy día consisten de los pilares derruidos del pasado colocados sobre una arena de ignorancia y pretensión." En sus propios estudios Conant aboga por la escuela comprensiva por ajustar la igualdad y la movilidad social competitiva una a la otra. Tal escuela animaría a que todos se viesan a sí mismos como miembros iguales de la misma comunidad mientras que al mismo tiempo les persuadiría de la justicia de un puesto más elevado para alguno de ellos con más capacidad y méritos. Este mezclado y selectivo proceso tendría lugar en medio de una elección libre por parte de los estudiantes de los tres tipos de curso, cada uno con su propio nivel de aprovechamiento.

Algunos cursos en matemáticas, ciencias, y lenguas extranjeras

mantendrían altos niveles de aprovechamiento, y la mayoría, que no podrían obtener esos niveles "seguirían" o "permanecerían" en cursos de los otros dos tipos. Los cursos generales tienen un nivel de aprovechamiento definido como lo mejor que cada individuo puede hacer, y la implicación es obvia: todos continuarán esos estudios tanto tiempo como deseen. El tercer tipo de curso, aquel que sirve para adquirir "una destreza inmediatamente aceptada por el mercado", conlleva unos niveles de aprovechamiento enraizados en los requisitos ocupacionales concernidos. No obstante, dos años después Conant dudó sobre la posibilidad de tal escuela en los centros metropolitanos segregados. Había la aterradora diferencia en cuanto a aprovechamiento intelectual de un coeficiente promedio de 76 en el arrabal y un promedio de 123 en la "sección residencial estable". (Conant, 1961, p. 13). El estaba muy bien enterado de que la familia y el vecindario eran las influencias dominantes en la identidad, aspiración y desempeño, e "intentar divorciar la escuela de la comunidad es enfrascarse en un pensamiento irreal que podría conducirnos a políticas que haría estragos en la escuela y en las vidas de los niños". El problema del control de la escuela de distrito por los maestros o por los padres llevó, si no a la catástrofe, al menos a la larga, a una amarga huelga de maestros con considerable violencia en New York en 1968. James E. Allen era el Comisionado de Educación en Nueva York. A principios de 1969 se convirtió en el Comisionado de Educación de los Estados Unidos, y entonces abogó por muy amplias mejoras en las escuelas a las que asistían los pobres y dijo que esas mejoras sólo serían posibles mediante el compromiso de los padres "con los conceptos, la planificación y el diseño" de nuevos programas" (*Time Magazine*, 14 febrero de 1969). Se está intentando hacer ahora escuelas comprensivas en las grandes ciudades segregadas residencialmente por raza y clase social llevando en autobús a los estudiantes desde sus vecindarios segregados a escuelas integradas. El juez Gitelson en Los Angeles ha mantenido que esto es necesario para evitar la violación de los derechos civiles de los niños de las minorías étnicas.

La Escuela Superior, que nuestro seminario estudió, reflejaba la idea de Conant de la escuela comprensiva. Esta tenía los tres programas: un pequeño Programa Especial para los estudiantes talentosos, un gran Programa Regular para la mayoría del estudiantado, y una serie de cursos vocacionales para unos pocos estudiantes. No obstante, ésta difiere de aquélla, en que los estudiantes talentosos están matriculados en un programa particular especialmente diseñado, no como Conant propone en cursos con altos niveles de aprovechamiento. Más aún, éste está situado en una sección segregada de la ciudad donde

casi todo el mundo pertenece a los dos niveles sociales más bajos. Finalmente, el alcance de la capacidad intelectual es menos amplio que el de la escuela comprensiva por la que Conant aboga. Los mejores graduados de la Escuela Superior no son los mejores estudiantes que toman el examen de admisión y entran en la universidad. En esta población más amplia aquéllos están más cerca del promedio que del grupo superior.

La concordancia de miras con respecto a la igualdad es amplia y constante. Walter Lippman, liberal norteamericano, escribía en 1926: "De acuerdo con cada prueba de inteligencia, de virtud, de utilidad, tú eres patentemente un mejor hombre que él, y con todo lo absurdo que suena, esas diferencias no tienen importancia, pues en su interioridad él es intocable, incomparable, único y universal. Se puede creer en esto, o no; cuando no se cree en ello, las superioridades que el mundo reconoce parecen como una montaña de olas en el mar; cuando se cree en ello aquéllas son como claros e impermeables rizos sobre un vasto océano. De otra manera las desigualdades de los hombres serían intolerables. El fuerte, el inteligente, el guapo, el competente, y el bueno haría la vida miserable a sus vecinos. Serían intolerables con sus superioridades y ellos encontrarían insufrible el sentido de inferioridad que unos implantan a los otros. No habría término a la arrogancia del exitoso ni a la envidia del derrotado. Porque sin el místico sentido de igualdad las obvias desigualdades parecerían algo inalterable". (Lippman, 1-1965, p. 8). R. H. Tawney es un socialista inglés. En un ensayo de 1949 elogia la legislación de 1944 para hacer la escuela secundaria libre, escribe: "La solidaridad social ha sido corroborada como lo esencial de la civilización, una vez privilegio de una minoría, ha llegado a ser una posesión común... La máxima tomada por Mathews Arnold de Menander —"Escoge igualdad y evita la voracidad"—, está, indudablemente, lejos de una fórmula todo suficiente. En un mundo, sin embargo, donde la teoría social comunista y la práctica económica americana están de acuerdo en repudiarla, no es quizás una desgracia el que una persona más se haya añadido a este pequeño número de aquellos que están dispuestos a tomarla seriamente" (Tawney, 1964, p. 162). Al igual que Lippman, Tawney también encuentra que "las diferencias externas de ingreso y de circunstancias" son mucho menos importantes que la "común humanidad" que hace a los hombres iguales. (p. 174).

Los fundamentos filosóficos del logro competitivo de un status desigual no están tan claros. La igualdad de oportunidades, las profesiones abiertas al talento, son en gran medida frases comunes; aquellas enteramente no resuelven el problema de la igualdad y el

logro competitivo de status en un sistema estratificado. La preparación y la adecuada ubicación en diferentes niveles sociales están, claro es, abiertos a cualquier reclutamiento. Sin embargo, los logros escolares inferiores al promedio de los niños nacidos en los más bajos niveles plantea serias dudas de cuánta igualdad de oportunidades hay, de cuán abiertas están las carreras al talento. La concentración de fracasados y de los que abandonan la escuela entre ellos ha alcanzado proporciones de desastre. Al mismo tiempo hay una creciente inquietud sobre la talentosa minoría competente que se desempeña bien, que está situada en los niveles sociales más elevados. Hay ansiedad sobre la formación de una élite con talento que explotó a la mayoría y les priva de igualdad. Hay algunos que ven la movilidad individual en una sociedad estratificada, como vulgar, peligrosa o poco generosa. Así, se arguye que los talentosos deberían mejorar la sociedad más que su status dentro de ésta. Aquellos que se inclinan por este argumento raramente explican, sin embargo, qué quieren decir ellos con mejorar la sociedad. Ciertamente no especifican mejoras en las artes, las ciencias, la tecnología, planificación, administración, donde los talentosos hacen sus contribuciones.

El sociólogo inglés Michael Young sarcásticamente y como agorero describe *The Rise of the Meritocracy 1870-2033* (1958). La meritocracia es la nueva aristocracia de alta inteligencia que logra el éxito intelectual en el sistema educativo. Aquellos con un coeficiente de inteligencia mayor de 130 son los seleccionados, los bien educados y colocados donde sus talentos pueden ser usados mejor. Esta "minoría creativa", esta "inquieta élite" formada por sus escuelas, maneja el mundo moderno. Los socialistas crearon esta nueva élite cuando abolieron la herencia de la propiedad y de la posición social. H. G. Wells mira hacia un nuevo samurai, los Webbs pensaban que ellos ya habían obtenido el poder en Rusia, y Shaw argüía que "La Mobocracia casual necesitaba ser reemplazada por una aristocracia democrática" (p. 38). Sin embargo, aquellos que quedan fuera de la élite no se sentirán felices; rabiarán ante las puertas de la universidad que se cerrarán ante sus caras. Ellos habrán de ser una amenaza para la paz y estabilidad de la sociedad que los condena a los rangos inferiores. El problema, escribe Young, es si esas masas excluidas, serán arrojadas a otro 1848 o más ominosamente a otro 1789. El libro y el autor imaginan estar en el año 2033, y en el libro concluye: "Si las esperanzas de algunos de los primeros disidentes hubiese sido realizada y los hijos brillantes de las clases bajas hubiesen permanecido en ellas para enseñar, inspirar y organizar las masas, entonces yo tendría una historia diferente que contar." (p. 190). El autor espera verificar si será

1848 o 1789 el gran desafío que él presenciara en Peterloo donde, indica su editor "el autor de este ensayo fue matado". Otro sociólogo inglés está alarmado sobre la nueva aristocracia intelectual. Bottomore (1964, p. 129) arguye que la democracia debe significar sustancial igualdad en la decisión, riqueza, rango social y educación. El dice que los hombres son lo suficientemente iguales para esto. (Las presentes medidas de la capacidad intelectual permiten una cierta duda de que lo sean). Se opone a "esas desigualdades que producen y mantienen las duraderas distinciones entre todas las categorías de hombres". El está de acuerdo con Marx en la creencia de que las condiciones sociales no permiten a los obreros elevarse a los rangos sociales más altos. También cree que la igualdad de oportunidades sólo existirá en una sociedad sin clases, y en una tal sociedad ésta tendría poco significado, ya que la movilidad social sería suplantada por la asociación armoniosa (p. 149). Tales visiones de la sociedad como el terreno de una élite explotadora y una malhumorada masa son demasiado simples. Hay al menos cinco divisiones sociales, la entrada y salida a ellas están relativamente abiertas y son constantes, y las identificaciones, enajenaciones y conflictos son más complejos que lo que los marxistas parecen notar.

Norman Podhoretz recientemente describió su propia experiencia de movilidad social, con los sobretonos étnicos tan comunes en los Estados Unidos. El describe los cambios en valores, maneras y logros intelectuales de su migración desde una escuela de Brooklyn en un nivel social bajo, hasta la Universidad de Columbia y la Universidad de Cambridge en Inglaterra. El aprendió las maneras de los WASP (sin que las aceptase o las usase siempre) y entró a la Clase Media Alta como un bien conocido editor y escritor con un buen ingreso. "Uno de los viajes más largos del mundo es el viaje de Brooklyn a Manhattan... Yo he llegado a ser un ciudadano totalmente aculturado de un país tan remoto... como China... (Podhoretz, 1967, p. 3). El resiente a la maestra de la escuela superior, ella misma residente de un segundo nivel social, quien estimuló su migración y trató de cambiar su ropa y maneras así como su funcionamiento intelectual, y resiente la separación parcial de su familia, vecindario y sus primeros amigos como resultado en parte de su nueva ropa, maneras y modos de hablar. Jackson y Marsden encontraron similar tensión y resentimiento entre los niños ingleses de un nivel social bajo que utilizaron la escuela de humanidades y la universidad para migrar a las posiciones de la Clase Dos. Muchos se sentían culpables de un cierto tipo de traición a sus familias. Preguntados sobre clases sociales en las entrevistas, sólo la mitad de

ellos se identificó como clase media, que de acuerdo a cada una de las medidas de residencia, ocupación, e ingresos era a donde obviamente pertenecían. Otros toscamente elevaban la clase a la que pertencían sus padres, llamándoles clase media cuando en verdad éstos eran obreros. (Jackson y Marsden, 1962, p. 191). Esos migrantes, argüían los autores —quienes fueron migrantes en el mismo lugar y manera— estaban evadiendo el hecho de su migración a un nivel social más elevado mientras que dejaban a su familia y amigos en los niveles más bajos de su origen.

Esta sensibilidad sobre la movilidad social probablemente está agravada por la falta de una legitimidad altamente aceptada para aquélla. Este es el tema de la autobiografía de Norman Podhoretz, que comienza con la famosa frase de William James: "el culto exclusivo al bastardo dios del EXITO [the bitch goddess success] es nuestra enfermedad nacional". (Podhoretz, 1967, pp. x) Podhoretz arguye que la cultura es ambivalente, ésta específica desprecio al éxito y simultáneamente logro competitivo para la movilidad social" . . . "la ambición (él mismo es una especie de lujurioso hambriento) parece estar reemplazando al anhelo erótico como el primer secretito sucio de la más educada fibra del alma americana". (p. xiii).

La colocación en los niveles sociales de la moderna sociedad estratificada ocurre conforme los estudiantes y aprendices utilizan un tipo de corredor para encontrar las puertas de los niveles sociales apropiados para ellos. Muchos van donde sus padres ya están, y en un sentido heredan sus posiciones. Algunos van a diferentes niveles sociales y son migrantes. (Véase el mapa, *Modern Social Realms in the United States*). Frecuentemente leemos sobre los sube-escalones, escaladores o toma ascensores, atravesadores de vallas o pasa-puertas (cuyos celadores demandan los necesarios pasaportes) para describir la movilidad social o la migración de un nivel social a otro. Yo prefiero la descripción de los niveles sociales. Ellos son algo más que modos de hablar; son visibles existencialmente en nuestras segregadas ciudades. La educación, la socialización, y la colocación son las funciones primarias del joven en este corredor. Aquí ellos adquieren la identidad y las destrezas que les harán capaces para entrar en el nivel social de su vida adulta. Los sociólogos comúnmente dividen a las personas en los Estados Unidos en cinco clases sociales de acuerdo a las características que los hacen a ellos, como a otros, pertenecientes a su grupo, y diferentes de los de otras clases. Usualmente utilizan los factores de ingreso, recursos, ocupación, residencia, estilo de vida e ideales, prestigio y las interacciones sociales usuales en las que se comprometen.

La segregación residencial de la mayor parte de las ciudades por clase social nunca es completa y coherente, esto es obvio. En el nivel más elevado, la Clase Alta tiene finas casas y apartamentos, frecuentemente casas de campo conectadas convenientemente a los centros económicos y culturales de la ciudad. Aquí viven los propietarios y directores de grandes recursos y organizaciones. Cerca de éstos e identificados con ellos están los de la Clase Media Alta —gerentes, profesionales y técnicos, propietarios y directores de recursos y organizaciones de tipo medio. Sus casas y apartamentos son caros, en suburbios o secciones buenas de la ciudad, pero sin la opulencia de la Clase Alta. Sobre el 1% de la población de los Estados Unidos puede ser mirada como Clase Alta y sobre el 9% Clase Media Alta. (Kahl, 1957). Juntos están al frente de la mayor parte de las actividades sociales y poseen la competencia para sus roles.

Unos pocos incompetentes que heredan sus posiciones aquí pueden permanecer, inciertamente, casi como pupilos protegidos por sus familias. La Clase Media Baja en el tercer nivel son empleados de oficinas y vendedores, o los propietarios y directores de las pequeñas organizaciones y recursos. Tienen casas y apartamentos modestos, pero se caracterizan frecuentemente por difícil transportación y su costo es una carga más pesada que el costo de residencia para las dos clases más elevadas. Los trabajadores del cuarto nivel están tajantemente divididos entre supervisores, capataces, y trabajadores diestros, y los trabajadores de rutina y los no diestros. Los primeros tienen ingresos similares a los de la Clase Media Baja y frecuentemente residencias similares. Los últimos tienen ingresos más bajos e intermitentes, como los de la clase baja, y sus residencias son inferiores a las de los vendedores o capataces aunque son mejores que las de los arrabales de las clases ínfimas.

Esta descripción de los niveles sociales usa la residencia como el factor básico junto a ingreso, posesión, autoridad y competencia como los otros factores esenciales. Competencia e ingreso son los más visibles y posiblemente los más importantes. El mapa hace una división de tres tipos de acuerdo a competencia: competencia de mando en el vértice, competencia de obediencia en el medio y en el extremo inferior una mezcla de competencia contingente para obedecer instrucciones y simple incompetencia. Aquellos con competencia contingente pueden llegar a ser no empleables en algún momento con un cambio de tecnología o en la organización de su trabajo. Muchos de los obreros no diestros en Nueva York perdieron sus trabajos hace unos pocos años cuando los elevadores automáticos de empujar el botón se hicieron comunes. Muchos de esos operadores de ascensor eran puer-

torriqueños, y muchos de ellos no pudieran encontrar otro trabajo. Los incompetentes del nivel más bajo tienen ocasionalmente trabajos no diestros o carecen de trabajo. Los niveles difieren de acuerdo al ingreso. Jencks y Riesman (1968, p. 65) estiman que las familias del segundo nivel están encabezadas por las personas que en 1960 tenían un ingreso anual de más de \$ 15,000, doble del ingreso promedio nacional de las familias en los estratos medios de la jerarquía. Mi conjetura es que las familias del nivel más alto tenían entonces sobre \$ 30,000 de ingreso y tenían mucho más en capital y posesiones. En el extremo inferior, el ingreso familiar era de \$ 3,000 o menos, demasiado poco para una buena salud, y en muchas de esas familias había sólo un adulto, el otro esposo había sido eliminado por muerte, incapacidad o deserción.

Otras sociedades distintas de los Estados Unidos tienen divisiones sociales similares, pero las proporciones difieren y también las magnitudes. En Puerto Rico uno ve cinco; sin embargo las fronteras son más borrosas, la estructura es mucho más moderna, y los moradores han llegado mucho más recientemente. Posiblemente el primer objetivo familiar de los tres niveles es la adquisición de la residencia apropiada, en la sección apropiada de la ciudad. Grandes partes del ingreso de la familia va a los gastos de esas residencias y del equipo y amueblado prescrito para ellas. Esto ayuda a explicar el inextinguible deseo de los grupos medios y de los obreros diestros en adquirir una casa independiente, aun cuando ésta esté puesta en un terreno de no más de 300 metros cuadrados, carezca de transportación adecuada y servicio telefónico, y absorba el ingreso familiar en manera tal como para traer la bancarrota casi al borde del solar. El rápido desarrollo del moderno Puerto Rico durante los años recientes ha incrementado grandemente el número de posiciones sociales y de ingresos a ganarse, lo cual también ha tenido influencia en esta ansia de casa propia. Caplow, Stryker y Wallace (1964) encontraron una asombrosa alta proporción de satisfechos, entre los residentes que estudiaron, con sus propias casas, debido a que éstas eran mejor de lo que ellos pensaron en un principio que podían ser, y también planeaban dejarla por una todavía mejor. Tumin y Feldman (1961) encontraron la misma satisfacción por las mismas razones. Sin embargo, uno no debe poner demasiada confianza en esas divisiones abstractas. Siempre se puede encontrar altos ingresos en los arrabales y pobreza en buenas secciones residenciales. Jencks y Riesman (1968, p. 67) encontraron que un tercio de aquellos que ganaban ingresos por encima de \$ 15,000 estaban, a diferencia de otros, en esta clase de acuerdo a la mayor parte de los otros factores.

La división de la sociedad en cinco niveles sociales sigue los conceptos comunes de la corriente sociología en los Estados Unidos. (Kahl, 1957, Rogler y Hollingshead, 1965, p. 16). Un siglo atrás, está claro, Marx dividió la sociedad en dos partes: los capitalistas explotadores que poseían los medios de producción y los obreros explotados. El captaba una dualidad similar en la sociedad medieval entre caballeros poseedores de la tierra (donde la tierra más que el capital era el factor de producción escaso y valioso) y los explotados siervos y campesinos). Después de la Revolución Francesa de 1789, un estilo de análisis histórico usó tres divisiones, la clase media (la burguesía) fue insertada entre las clases alta y baja. Encuentro que las cinco divisiones se ajustan a los hechos mejor que las dos o las tres divisiones.

Crece año tras año la insatisfacción con todas nuestras escuelas y universidades. Un grave problema hay ante nosotros bloqueando el camino. Status y derechos desiguales cuentan probablemente en la insatisfacción; los recursos inadecuados y el mal uso de los mismos son una segunda fuente de problemas; el resentimiento nacional de algunas personas puede explicar en parte la inadecuada escolarización y, no hay duda, una extendida rebelión en el campo estudiantil, es una cuarta razón. Esos problemas serán examinados en cuatro capítulos posteriores. Pienso que ellos son menos graves que la confusión educativa sobre la igualdad dentro de una sociedad estratificada. Si uno demasiado simplemente cree que todos somos iguales, que todos necesitamos la misma educación, y que cada uno debe y quiere encontrar igual puesto en la sociedad adulta, posiblemente no pueda hacer un sistema escolar que trabaje. La justicia de Platón es necesaria. Los hombres son iguales en algunas maneras, desiguales en otras, y las buenas escuelas deben atender ambas circunstancias. Todos necesitan participar competentemente en nuestra sociedad, cada uno en un nivel para cuyos roles haya sido preparado efectivamente, cada uno con una identidad que él mismo y los otros respeten, cada uno por tanto confiado en que puede resolver los importantes problemas de su vida e identificándose él mismo con aquellas personas que participan en sus asociaciones y tareas significativas. Ninguno debe convertirse en un desesperado y alienado a causa de un fracaso o desatención. Las escuelas necesitan saber la necesidad de las personas de ser iguales y desiguales al mismo tiempo. El problema se pone cada año peor. Clausen (1968, p. 353) encontró tantos estudios recientes sobre educación y socialización que no le fue posible el resumirlos. "Probablemente nunca antes habían estado las más importantes fuerzas de nues-

tra sociedad tan sensitivas y orientadas hacia la mejora de las prácticas de crianza y educación de los niños y de la preparación de la gente joven para los roles adultos de un orden social rápidamente cambiante”.

REFERENCIAS

- Bottomore, T. B., *Elites and Society*, 1964, Penguin Books.
- Caplow Theodore; Stryker, Sheldon; and Wallace, Samuel E., *The Urban Ambience*, 1964, Bedminster Press.
- Clausen, John A., *Socialization and Society*, 1968, Little, Brown, and Company.
- Conant, James Bryant, *Slums and Suburbs*, 1961. McGraw-Hill.
- . *The Education of American Teachers*, 1963, McGraw-Hill.
- Jackson, Brian, and Marsden, Dennis, *Education and the Working Class, Some General Themes Raised by a Study of 88 Working-Class Children in a Northern Industrial City*, 1962, Penguin Books.
- Jencks, Christopher and Riesman, David, *The Academic Revolution*, 1968, Doubleday.
- Kahl, Joseph Alan, *The American Class Structure*, 1957, Rinehart.
- Lippmann, Walter, *The Essential Lippmann, a Political Philosophy for Liberal Democracy*, edited by Clinton Rossiter and James Lare, 1965, Vintage Books.
- Lipsit, Seymour Martin, *The First New Nation*, 1967, Doubleday.
- Podhoretz, Norman, *Making It*, 1967, Bantam Books.
- Rogler, Lloyd H. and Hollingshead, August B., *Trapped: Families and Schizophrenia*, 1965, John Wiley and Sons.
- Tawney, R. H., *The Radical Tradition, Twelve Essays on Politics, Education and Literature*, edited by Rita Hinden, 1964, Penguin Books.
- Tumin, Melvin M. with Feldman, Arnold S., *Social Class and Social Change in Puerto Rico*, 1961, Princeton, University Press.